

**Tirthankar ROY, *India in the World Economy. From Antiquity to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, 208 pp.**

Es este un libro de lectura muy recomendable para economistas —aunque dudo mucho que lean este comentario— e historiadores económicos —entre los que espero contar con más lectores— interesados en saber más acerca de India. Esta economía emergente cuenta con 1.300 millones de habitantes, algo menos del 20% de la población mundial. Su economía es la tercera del mundo en tamaño, aunque el PIB per cápita (PPA) de la India está en torno a los 6.000 dólares, esto es, semejante al de países como Bolivia, Nigeria o Vietnam.

El libro de Roy es también muy útil para quienes venimos señalando, con más bien poco éxito hasta ahora, la necesidad de introducir cuanto antes en los planes de estudio de nuestra disciplina a algunos de los grandes protagonistas tanto de la economía contemporánea como de la del pasado. Entre ellos merecen una mención especial China e India, que durante buena parte de la historia humana han sido países donde ha vivido la mayor parte de la población mundial y han contado con economías de dimensiones mucho mayores que las restantes. Con anterioridad a la Gran Divergencia entre Este y Oeste, que debería situarse en la Edad Media y no en los inicios de la Contemporánea, los niveles de vida chinos e indios eran similares o, dependiendo de los términos de la comparación, superiores a los europeos. Por qué dejaron de serlo es la pregunta realmente interesante para un historiador económico, pues la explicación de la Gran Convergencia actual es mucho más sencilla.

En este libro, el lector no encontrará un análisis de las causas de la Gran Divergencia india. Tampoco es esta obra algo más o menos parecido a un manual de historia económica de la India. Sí se trata de una obra erudita, original y con pocos prejuicios sobre, como avanza el título, la inserción de la economía india en la internacional desde la Antigüedad al presente. Es mucho, pues, lo que se deja conscientemente fuera. Veremos en breve cuál es el objetivo de *India in the World Economy* en palabras del propio autor.

Tirthankar Roy, nacido y formado inicialmente en la India, es actualmente profesor de Historia Económica en la London School of Economics and Political Science. Roy figura entre los más reputados especialistas en historia económica de la India. Además de numerosos artículos, ha publicado también unos cuantos libros sobre la materia que merecen figurar en cualquier bibliografía universitaria.

Paso, sin más, a continuación a describir el contenido de la obra, a la que no sé si haré plena justicia en el espacio disponible.

En el capítulo introductorio («Introduction: India and Global History»), Roy presenta en una primera sección algunas características básicas de su obra que la distinguen de otras más influidas por los conceptos de «imperio» o «sistema-mundo», menos focalizadas en un caso particular, como es la India, y menos interesadas en el muy largo plazo. En sus propias palabras, el libro tiene como objetivo:

to show how a people that tended to share some cultural practices, institutional traditions, and resource endowments, as well as a political heritage, engaged in transactions with those who hailed from different backgrounds (p. 6).

La siguiente sección la dedica, entre otras cosas, a resaltar el peso de la geografía (la privilegiada posición del Indostán desde la perspectiva intraasiática, los diversos casos en los que se combinan ríos navegables con puertos en sus estuarios y suelos fértiles o la marcada estacionalidad de vientos y lluvias) en la configuración espacial y temporal del comercio más indio temprano y repasa aspectos particulares de la tecnología, la infraestructura y la política comercial anteriores al contacto con los europeos. Otra sección matiza la validez de alguna llamativa afirmación de André Gunder Frank sobre el papel del azar histórico en la presencia europea en Asia y muestra varios efectos positivos de ella:

I would define the early modern epochal change, then, in terms of four characteristics – a new geography of trade that was less dependent than before on climate and terrain, a new model of urbanization that drew in mobile capital and skills, a new institutional regime more dependent on long-period contracts, and a new kind of Empire founded by traders rather than by landlords (p. 16).

En cuanto al periodo posterior, Roy señala las ventajas derivadas de la pertenencia al imperio británico —se volverá más adelante sobre el concepto «*imperial umbrella*»— en lo que a los costos de transacción de los intercambios de bienes y servicios y de la movilidad de los factores de producción dentro del mismo. Esas ventajas no dejaron de ser aprovechadas por el empresariado nativo, que participó activamente en la espectacular modernización económica llevada a cabo en Bombay, Calcuta y Madrás, principalmente. Ese dinamismo económico había disminuido perceptiblemente en el periodo de entreguerras. Particularmente crítica es la opinión del autor acerca del modelo estatista-autárquico impuesto tras la independencia, que rompió con una tradición milenaria de apertura al exterior. Abandonado posteriormente ese modelo, la globalización contemporánea ha permitido la aparición de una economía del conocimiento en la India.

Como se verá, muchas de las cuestiones presentadas someramente en el capítulo introductorio —algunas no mencionadas en este breve resumen del mismo— reaparecen en versión extensa en los posteriores. De ahí que casi me atrevería a sugerir a quienes no quieran profundizar más que dejen de leer el libro, pues ya habrán podido

hacerse una idea de por dónde irán las cosas más adelante. Por supuesto, recomiendo todo lo contrario a quienes sí deseen conocer los detalles de una visión original del pasado económico de la India.

En el segundo capítulo («Ports and Hinterlands to 1200») se hacen algunas consideraciones acerca del comercio a larga distancia desde los inicios de la civilización del valle del Indo (alrededor del año 3000 a.C.) hasta antes de la conquista islámica del subcontinente indio. El propio autor reconoce que la información disponible para antes de la «Era Común» —curioso intento de sustituir la periodización histórica convencional por otra secularizada que empieza exactamente en el mismo año que la que distinguía entre antes y después de Cristo— es escasa. Así, puede que la única certeza consista en la constatación de que existió comercio a larga distancia desde varios focos comerciales (Coromandel, Bengala y otros, según las épocas) con mercados distantes que incluyen tanto a la Roma clásica como al Egipto fatimí (972-1171) o la China de la dinastía Song (960-1279). En este periodo, el comercio marítimo podría haber aumentado, pero no lo suficiente para modificar la tecnología naval o aventurarse por rutas no frecuentadas hasta entonces.

El tercer capítulo («Receding Land Frontiers, 1200-1700») examina los efectos sobre la integración de los mercados de bienes y factores de la integración política en la India durante el medio milenio que transcurre entre la creación del Sultanato de Delhi y el ascenso del imperio Maratha (1674-1818), incluyendo la formación (1526) y el declive final (comienzos del primer tercio del siglo XVIII) de su antecedente mogol. Para Roy, la integración política —como era, por otra parte, esperable— favoreció la integración entre: 1) los mercados de la India septentrional y los de la oriental y la meridional; y 2) los de las tierras altas interiores y las costas en el sur de la India. Sin embargo, el alcance de la integración de los mercados de bienes fue limitado, mientras que la de los factores apenas progresó. Un tanto sorprendentemente, la autoridad ejercida sobre las zonas litorales por las sucesivas entidades políticas indias durante este periodo no parece haber sido muy estricta: sus prioridades anteponían la agricultura y el campesinado al comercio exterior.

El cuarto capítulo («The Indian Ocean Trade, 1500-1800») da entrada a Occidente en la historia económica de la India. Comienza con una breve descripción del comercio en el Índico antes de la llegada de los portugueses que subraya el lugar central ocupado por razones en principio meramente geográficas por el subcontinente indio (localización, extensión y variedad de recursos, etc.) en el «gran arco» del comercio asiático y la multitud de participantes tanto en él (con países como Birmania, Indonesia y China, por ejemplo) como en la extensión del mismo que representaban las transacciones con Europa (intermediadas por árabes, persas, venecianos, turcos, griegos, armenios y raguseos, principalmente). Prosigue exponiendo con cierto detenimiento las principales novedades introducidas en la India y el Índico tras la llegada de los portugueses en 1498 al actual estado de Kerala. Una de ellas revistió especial importancia:

The littoral emerged from the upheaval with a new political and economic strength. The axis of politics has shifted to the maritime merchants. Bombay, Cal-

cutta, and Madras were not just colonial ports. They were ports that dominated the interior. Such a relationship did not exist in Indian history before (p. 122).

El comercio indoeuropeo, en el que acabarían participando también en mayor o menor medida españoles, holandeses, británicos, franceses y daneses, tuvo consecuencias económicas importantes tanto en la India como en Europa. Nuevos bienes de lujo fueron accesibles a los consumidores europeos (primero, especias de variado origen; más tarde, textiles indios y sedas y porcelana chinas; por último, té procedente de China). Nuevo conocimiento tecnológico circuló en ambas direcciones. Detrás de la nueva configuración de la economía internacional surgida del comercio indoeuropeo estaba la plata producida en la América española.

Especial aplauso me merece que Roy supere prejuicios nacionalistas profundamente arraigados en la historiografía y señale que los actores más dinámicos de la economía india de ese periodo, que no deben ser identificados exclusivamente con las compañías privilegiadas (East India Company y otras) o los particulares europeos, manifestasen una «*preference for empire*» (p. 122). Esta actitud mostrada por muchos comerciantes y banqueros indios —su intervención en el comercio indoeuropeo había sido decisiva— distó de ser compartida por los señores de la guerra y las élites terratenientes.

Tres nuevas oportunidades marcarían más intensamente el devenir económico de la India en las siguientes décadas: el comercio con China, las exportaciones de productos agrícolas y la artesanía de nuevo cuño.

El extenso capítulo quinto («Trade, Migration, and Investment, 1800-1850») trata de los grandes rasgos del comercio de mercancías, la formación de capital y las migraciones estimuladas por las nuevas oportunidades de negocio surgidas gracias: 1) la relajación de las limitaciones impuestas por las compañías privilegiadas de comercio y el estado chino; 2) la propia industrialización británica; y 3) el comercio intraasiático. Todo ello bajo la «*imperial umbrella*». Por tal debe entenderse lo siguiente:

a loose network of territories ruled by regimes that shared a commitment to market integration and a single official language and that had compatible laws (p. 123).

Sería este un periodo de «experimentos» y «consolidación». En cuanto a los primeros, señala los que se registran con las instituciones, la ley y el conocimiento y las ideas. Por lo que respecta a la segunda, se trató de la consolidación de grupos ocupacionales, del capital extranjero, de los comerciantes indios y del empresariado indoeuropeo en las manufacturas. Las novedades se multiplicarían en la segunda mitad del siglo XIX.

Del periodo comprendido entre mediados del siglo XIX y la primera posguerra mundial se ocupa el capítulo sexto («Trade, Migration, and Investment, 1850-1920»), que extiende el examen de la integración de los mercados de bienes, servicios y factores de producción iniciado en el quinto. La interacción entre las economías británica e india alcanzó su máxima expresión en estas décadas. La India acabó desempeñando un papel importante como mercado para las manufacturas británicas (textiles, ma-

quinaria y metales), como suministradora de alimentos, trabajo no cualificado y materias primas y como destino de inversiones exteriores (ferrocarriles, té, yute y bancos). Por su parte, Gran Bretaña resultó decisiva para las numerosas nuevas empresas capitalistas gestionadas por indios y para la emergente industria de productos textiles baratos de algodón. Ferrocarriles y barcos de vapor tuvieron un papel protagonista en la generalización del comercio (interior y exterior) a larga distancia y, por tanto, en la integración de los mercados nacionales y extranjeros, así como entre los primeros y los segundos.

A comienzos del siglo XIX, las diferencias con la situación de un siglo atrás eran llamativas. De las cenizas de la East India Company surgieron comerciantes privados que participaban en el intercambio intraasiático de productos tradicionales. Cien años más tarde, los empresarios industriales y los comerciales mostraban nuevos intereses de alcance mucho más global y entrelazados que hicieron la industrialización posible.

El séptimo capítulo («Colonialism and Development, 1860-1920») trata de la relación entre ambos. La argumentación al respecto es extensa e interesante, pues el autor pasa críticamente revista a muchas de las proposiciones más convencionales acerca de la «culpabilidad» del colonialismo:

The real puzzle about nineteenth-century India was that, within the colonized tropics, India forged ahead by some benchmarks of modernization. A large factory industry, one of the biggest railway and telegraphic systems, and some of the best Banks, ports, universities, and hospitals developed in colonial India. Far from deindustrializing, India industrialized. Even the artisanal sector did not do as badly as was often claimed (p. 183).

Es este un libro que, en traducción de las palabras de Roy, se ocupa de los mercados antes, durante, después, con y sin los imperios europeos. No es extraño, pues, que se preste una especial atención a los efectos del colonialismo sobre la integración de los mercados. Y aquí parece que la conclusión no puede ser otra: el colonialismo creó agentes de integración poderosos (ley, lengua y conocimientos) de alcance nacional e internacional. No deja Roy de señalar la contradicción en que, casi inevitablemente, incurría la política imperial y que surgió en toda plenitud con el colapso de los mercados mundiales durante la Gran Depresión:

Market integration entails a faith in liberalism and freedom, whereas the very act of subjection of other societies entailed a denial of freedom. All capitalistic empires struggled to find the right mix between un-freedom and liberalism, and with hindsight, failed in the end (p. 209).

Dicha contradicción y su exacerbación durante la crisis de los treinta es inseparable del movimiento independentista en la India.

El breve capítulo octavo («Depression and Decolonization, 1920-1950») se ocupa del periodo en el que las circunstancias internacionales resultantes de la Primera Gue-

rra Mundial y la Gran Depresión crearon conflictos de intereses entre los sectores económicos orientados al mercado interior, en manos de indios, y los que, de titularidad mayoritariamente extranjera, volcados al exterior. La «*imperial umbrella*» dejó de gozar del consenso alcanzado en las décadas precedentes. El discurso económico del nacionalismo indio se enfrentaba abiertamente a la filosofía favorable a la defensa de la integración internacional que caracterizó al colonialismo británico en la India.

El capítulo titulado «From Trade to Aid, 1950-1980» muestra la reorientación económica de la India tras la independencia. Los nuevos dirigentes impulsaron un modelo introvertido en el que el comercio exterior, las inversiones extranjeras y las transferencias de los emigrantes se redujeron sustancialmente. Por el contrario, la India se convirtió en el primer receptor mundial de ayuda exterior. Esta tuvo un papel importante —llegó a representar en 1960 el 2,3% del PIB y casi el 15% de la inversión— en el nuevo modelo económico, dentro del cual el estado desempeñaba funciones decisivas tanto mediante la regulación de la actividad como participando activamente en ella, particularmente en la industria intensiva en capital. Para Roy, el mayor éxito de este periodo de estatismo fue la difusión entre los campesinos indios de conocimiento agrícola generado en laboratorios extranjeros. El factor trabajo se reintegró a partir de los años setenta, y ello tanto para el altamente especializado como para el carente de cualificación. A comienzos de los noventa, una parte de la diáspora india retornó a su país de origen con capital, conocimiento técnico-científico y capacidad empresarial, lo que contribuyó al crecimiento económico durante la siguiente etapa.

El título del décimo capítulo, «Return to Market, 1980-2010», es bien expresivo. El «reingreso» en el mercado internacional dio sus primeros pasos un tanto espontáneamente a fines de los setenta. La liberación económica se retrasó hasta los noventa y respondió a problemas estructurales no exclusivos de la India (déficits fiscal y exterior). Roy encuentra significativas similitudes entre la globalización económica india de comienzos del siglo XXI y la de finales del XIX (apertura exterior y adopción de conocimiento). Sin embargo, no convendría pasar por alto algunas diferencias (la reducción del coste de las comunicaciones favorece la exportación de servicios; el capital extranjero difunde tecnologías más punteras; las exportaciones de bienes y servicios son más interdependientes). La India ha pasado de exportar poco y productos tradicionales (té, yute, textiles y ropa) en 1960 a hacerlo actualmente en mucha mayor medida, destacando entre las exportaciones el software (28,4%). Este dato muestra el avance alcanzado por la el sector del conocimiento en la economía india.

Cinco son las conclusiones —a veces denominadas hipótesis— que el autor destaca. Aunque, en realidad, son seis. Una primera es metodológica y relativa a la Historia Global, especialidad poco practicada por estos lares más bien localistas que nos caracterizan. Y ello pese al protagonismo directo e indirecto que le corresponde a la Monarquía Hispánica en la «globalización temprana» iniciada en la Edad Moderna. Esa no reconocida como tal conclusión primera dista de ser menor: el enfoque de la globalización, sea esta moderna o contemporánea, es claramente distinto al del crecimiento económico, siendo el primero menos prometedor que el segundo. No comparto plenamente esta opinión, pero es la que Roy, un tanto enfáticamente, sostiene y no

me corresponde a mí sino informar de ella. Permítaseme al menos apuntar que disiento parcialmente porque pienso que globalización y crecimiento económico moderno no son lo mismo pero tienen mucho de inseparables. Las fuerzas motrices de la globalización, impulsada inicialmente desde la Península Ibérica (extroversión, capacidad de aprender de lo «exótico» y de abordar empresas de escala inimaginable antes de 1492, reconocimiento del «mérito» individual, superioridad en conocimientos sobre la geografía mundial y la navegación intercontinental, eficacia militar, etc.) y más tardía y duraderamente desde otros rincones (Holanda y Gran Bretaña, principal pero no únicamente) de la Europa atlántica, coadyuvan al crecimiento económico.

La primera conclusión resalta la importancia de los factores geográficos en el transcurso de la multiseccular historia económica de la India. Los monzones constriñeron el horizonte marítimo de la navegación india. Ello no impidió que la localización costera o ribereña fuese aprovechada para el comercio de larga distancia. Lo contrario sucedió a la mayor parte de la India central y meridional, que careció de esa ventaja geográfica. Así, pues, la geografía cuenta.

La segunda, en este caso, «hipótesis» viene ganando en credibilidad, pero tal vez no tanto en popularidad, en los últimos tiempos: «*Empires in general were an agent in integrating regions and therefore in reducing trade costs*» (p. 251). Esta proposición es presentada con carácter general para el caso indio, incluyendo a la tan denostada East India Company. Aplicarla a otros marcos geográficos e históricos —entre ellos a los que más directamente nos tocan, como la Cataluña post-1714 y la América española preindependiente— es una tentación casi irresistible. Ahora bien, tampoco deberíamos exagerar la importancia de los intercambios realizados entre mercados distantes en comparación con los que transcurrían a escala puramente local.

La tercera, nuevamente, «hipótesis» es una encomiable llamada al sentido común histórico-económico: «*despite these attempts by regional states to integrate the land and the sea, the relationship between the two worlds changed decisively only in the nineteenth century*» (p. 251). Soy de los que piensan que la integración de los mercados nacionales e internacionales de productos lujosos y básicos en el mundo occidental —no así en Extremo Oriente— había llegado durante la Edad Moderna más lejos de lo que comúnmente se da por supuesto. Creo que, por razones diversas, esa integración se intensificó en la segunda mitad del siglo XIX. A ello contribuyeron decisivamente en la India los ferrocarriles construidos durante el Raj (1858-1947), pero, a escala mundial, la Pax Britannica —esta afirmación es mía— anterior a 1914, o la Pax Hispanica anterior y más limitadamente, contribuyeron también. Esta conclusión se deriva de la segunda «hipótesis» de Roy.

La cuarta «hipótesis» remite a un tema central en la historiografía sobre la India, el Imperio Británico. También vuelve sobre cuestiones tratadas anteriormente. En tiempos como los presentes, resulta admirable que Roy atribuya al Imperio Británico una contribución sustancial (mercados globales y marco institucional) al establecimiento de los canales (comercio, inversión, exterior migraciones y circulación de conocimientos) que favorecieron el crecimiento económico: «*These channels of contact led in India to industrialization and laid the foundations for a World-competitive service economy*» (p. 252).

La quinta «hipótesis» señala que, tras el fracaso de los treinta años de experimento con lo que Roy denomina «*state-mediated foreign contact*», la primera década de 2000 marca el exitoso retorno de la India al proceso de integración internacional que ha constituido un componente secular de la historia económica de la India y que tan conectado está con el pasado colonial, al menos en la fase inicial de la «reintegración».

Me gustaría creer que mi recensión, seguramente no exenta de sesgos, ha logrado transmitir a quien la lea el interés por la importante obra de Roy. Ello no es incompatible con que finalice con una crítica no menor. Se diría que parece estar impregnada de un optimismo excesivo acerca del pasado y el presente económicos de la India: la pobreza de amplias capas de la población india es proverbial y de una persistencia a lo largo de los siglos no menor al menos que su propensión al intercambio. Pese a todos sus logros recientes —que no destacan tan llamativamente en el dinámico contexto del Asia oriental—, unos 700 millones (más del 50% de la población) de indios viven en situación de pobreza (2 o menos dólares PPA per cápita al día).

RAFAEL DOBADO GONZÁLEZ  
Universidad Complutense de Madrid